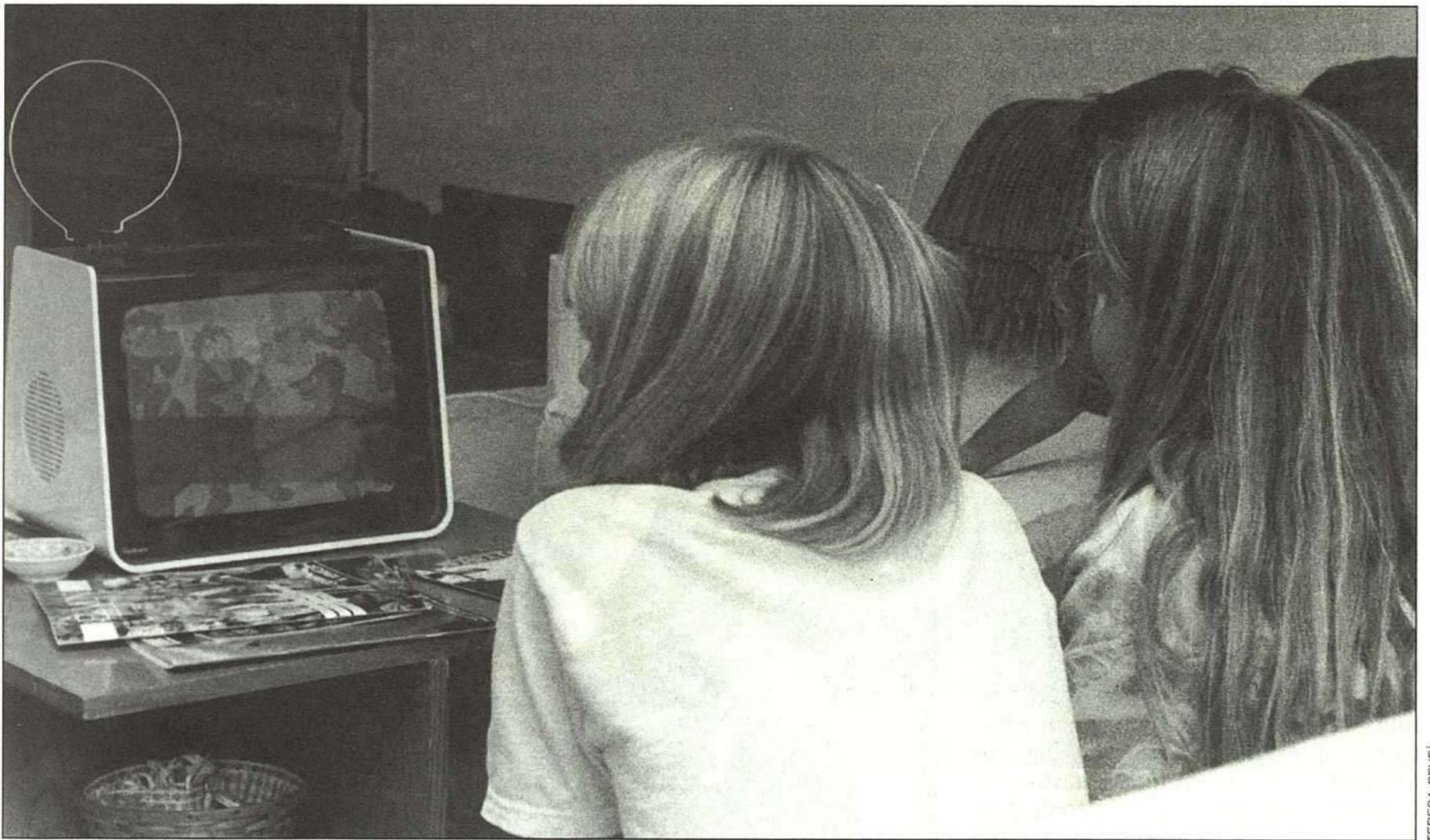


# Vea la diferencia

por Anne Fine\*



TERESA PEYRI

*Hay toda una serie de cosas que los padres pueden hacer para estimular la lectura en sus hijos. Y son tan sencillas como llenar las estanterías de libros, tener siempre a mano el carné de la biblioteca o estar*

*dispuestos a renunciar a ver un capítulo de la serie preferida de televisión, y dedicar ese momento del día a leer un cuento a los hijos. O tan difíciles, pero necesarias, como ir a la habitación de*

*los niños y hacer desaparecer la tele de ahí. Sobre todo ello y acerca del valor de la lectura habla Anne Fine —la conocida escritora británica, autora de Señora Doubfire— en el siguiente artículo.*

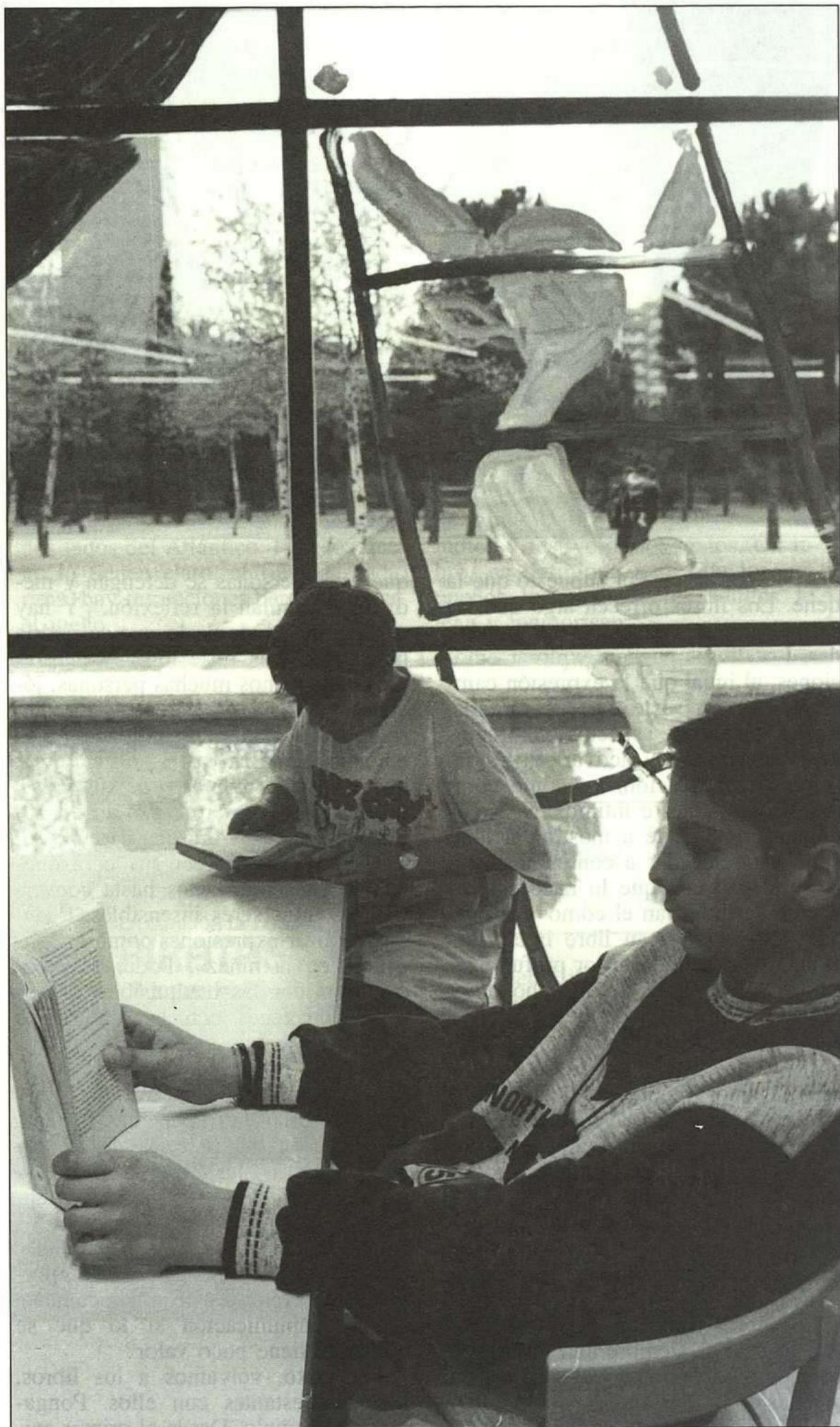
Vaya usted a cualquier clase de este país y pregunte: «¿Quién tiene una tele en su dormitorio?», y le garantizo que la cantidad de dedos que se levantarán le dejarán sin aliento. Los colegios aparecen como culpables, pero centenares de miles de padres podrían hacer más para aumentar los niveles de lectura que cualquier educador. Todo cuanto tendrían que hacer es subir las escaleras, desenchufar esa cosa del rincón y llevársela.

Los niños no son tontos, pero, al igual que todo el mundo, son mejores en lo que practican. No es por casualidad que pueden imitar sin ningún error cualquier anuncio de televisión la segunda noche que se presenta. No nacen expertos en juegos de ordenador. Sucede sencillamente que es a lo que muchos de ellos dedican horas y horas: horas robadas a los libros y a la lectura. Y los fatigados padres, acuciados por otros problemas, se desentenden de esta actividad de sus hijos, pretendiendo que no tiene importancia.

Pero la tiene. Y, en el fondo, todos lo sabemos. La lectura es una habilidad que requiere tanta práctica como cualquier otra para aplicarla de manera natural. Porque en educación, por más que se hable de nuevas tecnologías y de CD ROMs, la capacidad de realizar una lectura básica y completa es absolutamente fundamental: sí, incluso para las matemáticas.

Ya hay maestros que hablan de niños incapaces de recitar hasta el final una sencilla canción de párvulos. Hablan también de alumnos que, asombrosamente, aceptan no entender lo que está sucediendo. Un niño que ha crecido con libros ha aprendido a captar molestos misterios, presentarlos a alguien de más edad y preguntarle: «¿Qué significa esto? No lo entiendo». Los niños que han crecido con la tele acuden años enteros a la escuela y jamás hacen una pregunta, porque están totalmente acostumbrados a dejar pasar las cosas que no entienden y que discurren de manera imparabable por la pantalla.

Y lo que es peor, mucha gente que debería saber esto argumenta que no



ANA PEYRÍ



TERESA PEYRI

tiene importancia. Por supuesto que la tiene. Los libros ofrecen algo que las películas y la televisión no pueden dar. Los libros pueden explorar emociones, al igual que la expresión cambiante de un rostro en la pantalla. Pueden plantear aspectos complejos de la conciencia y activar sutiles resortes de motivación, así como compromisos morales e íntimos. No se limitan simplemente a mostrar al niño «qué va a suceder a continuación» a la velocidad con que lo hace el productor: le muestran el cómo y el por qué y lo dejan a su libre interpretación. Es tarea del escritor profundizar en los temas hasta lo más hondo y privado: explicar exactamente por qué aquel chico perdió a todos sus amigos, por qué esta chica prefiere el dinero al amor y por qué el niño besó a la rana. Y si la clave de todo esto no es la comprensión, entonces, ¿por qué tantas de nuestras grandes bibliotecas públicas ostentan sobre la puerta: «La sabiduría es lo principal; por tanto, adquiere sabiduría: y con la que hayas adquirido, adquiere comprensión»?

Los libros fomentan el autoexamen, lo cual es siempre una virtud. La falta de autoconocimiento subyace en muchas de las desgracias, siempre mal evaluadas, de la vida de las personas. Los libros permiten, y así lo hacen,

que estas personas se detengan y mediten. Estimulan la reflexión. ¿Y hay alguien que dude de lo que se podría hacer con más reflexión? A nuestro alrededor vemos muchas personas, jóvenes y viejas, que parecen haber cerrado los postigos a la simpatía y a la empatía imaginativa. Es difícil creer que, en algún momento de sus vidas, no se hayan visto forzadas a desarrollar alguna forma drástica de autoprotección y a endurecer sus corazones contra los sentimientos hasta convertirse en unos seres insensibles. Podemos utilizar expresiones como «negligencia en la niñez». Podemos preocuparnos por las inadmisibles y violentas imágenes con las que todos nosotros estamos siendo bombardeados. Pero, por más que el problema exista, somos muchos los que creemos que estar entre personas con una comprensión tan precaria de lo que son sus vidas y las ajenas resulta frustrante, restrictivo y, a menudo, francamente peligroso.

La literatura educa la sensibilidad y estimula el pensamiento. ¿Qué importa cuán avanzada tecnológicamente sea la comunicación si lo que se transmite tiene poco valor?

Por tanto, volvamos a los libros, llenemos estantes con ellos. Pongamos un ejemplo. Desde el primer episodio de *Coronation Street*, los teles-

pectadores han dedicado un total acumulado de cuatro millones y medio de años a contemplar, abstraídos, la pantalla. Por tanto, sáltese uno o dos episodios y lea para sus hijos o escuche cómo ellos leen para usted.

Saque de la vieja tetera cuarteada las tarjetas de la biblioteca y quíteles el polvo. Entérese de los nuevos horarios de la biblioteca y téngalos siempre presentes. O pregunte cómo puede prestar sus propios libros. (No se preocupe, utilizarán su ofrecimiento para algo que, seguramente, ya tenían previsto.) Ponga un vale para libros en los calcetines de Navidad.

Luego, ármese de valor contra aquel lugar-imán y haga su acción más heroica: suba esas escaleras y saque la tele de la habitación.

Como rezan todos los anuncios: «Verá la diferencia». ■

\* Anne Fine<sup>®</sup> es una escritora británica, autora de libros como *Señora Dubfire*, *Guerra en casa* o *Billy y el vestido rosa*, todos ellos editados por Alfaguara.

Este artículo fue publicado en un número especial del *Daily Mail* (diciembre 1994), dedicado a los libros infantiles.

Texto traducido del original inglés por Jaume Gavaldà.